

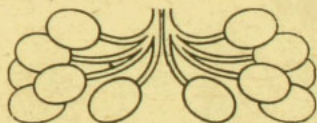
LA HECHICERA



COMEDIA INFANTIL PARA NIÑAS

POR

G. NUÑEZ DE PRADO



7

SANTIAGO

Imp. CENTRAL, Bandera 171

1916



38753

LA HECHICERA

Comedia Infantil para Niñas

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

PERSONAS

Adela.....	15 años
Mauricia.....	15 »
Emilia.....	14 » hermana de
Josefina.....	10 »
La Hechicera.....	Anciana decrepita.
Grupo de niñas de diversas edades.	

La acción se desarrolla en un colegio de señoritas del gran mundo.

Por derecha e izquierda, entiéndase la del actor.

Salón lujosamente amueblado. Puerta al fondo y balcones laterales. Es el mediodía.

ESCENA PRIMERA

Adela, sola, reclinada en un canapé, en actitud abatida; casi inmediatamente después, aparece *Mauricia*. Ambas, como todas las demás que intervienen en el desarrollo, en traje de colegialas.

MAURICIA. (Entrando y dirigiéndose a Adela, en tono mezcla de pena y desconfianza).

—Ya está cumplido tu encargo;
y aunque fué fácil tarea
hacer que la directora
me concediese su venia
para enviar en busca de
la renombrada hechicera,
en la que tanto confías
y a la que con tal fé esperas...

ADELA. (Interrumpiendo a su amiga con desesperado abatimiento).

—No es que espere ni confie
hasta el extremo que piensas;
pero, es mi último recurso,
y acudo a esa pobre vieja,
a la que tacha de bruja
la gente ignorante y ciega,
pero que, según mis padres,
no es más que una anciana experta,
que debe a sus muchos años
y a su clara inteligencia
el tener, cual reconoce
toda la ciudad entera,
profundo conocimiento
del mundo y de sus miserias.

MAURICIA. (Asintiendo, y como empezando a cobrar confianza)

—En efecto: también yo
oí, en la casa paterna,
nombrar a muchas personas,
de talento y experiencia,
a esa misteriosa anciana,
cuya edad es un problema,
puesto que, ni aún los más viejos,
de su niñez se recuerdan;
cuya vida es un enigma,
y, en fin, a la que rodean
todos los superticiosos

de tan estraña leyenda
que, a creer todo lo que dicen,
no hay nada oculto a esa vieja;
misterio que no penetre,
enigma que no resuelva,
negruras que no ilumine,
obstáculo que no venza,
falsedad que no deshaga
ni astucia que no dé en tierra
al chocar contra la suya.

ADELA. — Pues, si es verdad lo que me cuentas,
¿por qué no esperar que ahora
triunfe también en la empresa
y consiga demostrar
la verdad de mi inocencia?

(Acreciendo en desesperada energía, a medida que habla).

¡No es mi honor, mi porvenir,
mi nombre y mi vida entera,
lo que tan sólo está en juego
en esta ocasión suprema!...
¡Es la vida de mi madre
Mauricia, lo que se juega!...
¡Si me oye llamar ladrona,
si me expulsan y se entera
de la acusación infame
que ahora sobre su hija pesa,
es seguro, amiga mía,
que la matará la pena!...
He aquí por qué en el amargo
trance en que me ha puesto esa
calumniadora de Emilia
acusándome, perversa,
del robo de los pendientes
sufrido por la pequeña
Josefina...

ESCENA SEGUNDA

Dichas y Emilia, que entra con gesto activo desdeñoso.

EMILIA. (Con despreciativa ironía),
— ¡Eh!... ¿Cómo es eso?
¡Bueno que hagas la patética,
pretendiendo convencer
a todos de tu inocencia,
(Con sorna) y, sobre todo, a Mauricia,
que es tan buena compañera,
y tiene, como es sabido,
muy anchas las tragaderas.
Pero, de eso, a que me insultes,
hay una distancia inmensa,
y si persistes en ello
y no abandonas el tema,
te advierto que yo no soy,
ni mucho menos, tan buena,
o tan hipócrita y débil,
(entiéndelo como quieras,
puesto que me da lo mismo,)
como esas gatitas muertas
que pasan por unas santas,
y en realidad.....

MAURICIA. (Interrumpiéndola con severa dignidad).
— Ten la lengua,
o, cuando menos, sé noble
y ataca sin indirectas.
Ya vez, pues, que no soy débil,
ni hipócrita, como piensas,
y que no imito tu ejemplo
ni doy, cual tú, en la bajeza
de ultrajar a mis amigas
usando de reticencias.
Aquí nadie te insultaba;
porque, aunque es cierto que Adela

condenaba tu conducta
y te ha llamado perversa,
no hubo insulto en sus palabras,
puesto que son verdad...

EMILIA. (Trémula de rabia).

—Esas

frases que ahora me diriges,
porque sois dos, y me encuentras
sola aquí contra vosotras
no las dirás, estoy cierta,
estando a solas conmigo.

MAURICIA.

—El orgullo y la soberbia,
la vanidad i la envidia
te ofuscan de tal manera,
que llegas hasta olvidar
la educacion que te dieran,
y de señorita noble
desciendes a verdulera.

No hay que usar provocaciones,
ni soltar así la lengua,
toda vez que a nadie asustas
ni consigues que te teman.
Si no hubieses escuchado,
como sueles, a la puerta,
te habrias ahorrado el oír
lo que de tí dijo Adela.
Pero, ya que así lo has hecho,
sufre, paciente, la pena.

EMILIA. (Con altanería e indicando a Adela).

—Bien pensado, no me puede
herir lo que diga esa,
que no es más que una ladrona,
que, nacida en la miseria,
ha entrado en este colegio,
poco menos que a la fuerza,
por la protección de...

ADELA. (Ocultándose el rostro con las manos y desplomándose en el canapé).

—¡Madre!...

¡Madre de mi alma!... ¡Ruega
al Cielo para que haga
que se pruebe mi inocencia!...

(Mauricia rodea con un brazo la cintura de Adela, y la lleva dulcemente hacia la puerta de salida, invitándola a que abandone la escena).

MAURICIA. (Cariñosamente a Adela).

—Es preciso, amiga mía,
que te revistas de fuerzas,
y hagas frente a la desgracia,
que pasará pronto. Espera
y no desanimas, pues
me dice una voz secreta
que no en balde has puesto tu
esperanza en la hechicera.
Vé a ver si viene; ya es hora,
y es posible que la vieja
esté al llegar. Entretanto,
yo me entenderé con ésta.

(Váse Adela).

ESCENA TERCERA

Mauricia y Emilia

MAURICIA. (Avanza en actitud severa hacia Emilia).

—Ahora, que ya estamos solas,
hablemos clarito, Emilia.

EMILIA. (Con desabrimiento)

—Yo soi clara siempre.

MAURICIA. (Con calma).

—Acaso,
según tu punto de vista;
pero no según el mío.

EMILIA. (Con altivez).

—Me basta conmigo misma.

para juez de mis acciones.

MAURICIA. —No es suficiente.

EMILIA. (Comenzando a encolORIZARSE).

—¡Mauricia!

¡No vuelvas a provocarme,
y de no irritarme cuida,
porque, si es que no lo sabes,
soy mala para enemiga.

MAURICIA. —Ahórrate tus amenazas;
pues ni yo soy una niña
de quien fácilmente se haga,
aún en contra de ella misma,
dócil, pasivo instrumento
para una venganza indigna,
ni se me acobarda, como
tú has hecho con Josefina.

EMILIA. (Con fingido asombro).

—¿Qué quieres decir?

MAURICIA. —Lo que oyes,
y te ruego como amiga,
que no me obligues a hablar
más claramente.

EMILIA. (Con sarcasmo).

—Decías,

no obstante, hace tres minutos,
que hablásemos claro; olvidas
fácilmente tus propósitos.

MAURICIA. (Con dignidad).

—Lo que no olvido es, Emilia, —
lo que los demás merecen
y lo que debo a mí misma,
pero, ya que de ese modo,
en hacerme hablar te obstinas,
hablaré, más aún acaso
de lo que tú desearías.

EMILIA. (Mofándose).

—Comienza, pues.

MAURICIA (Siempre con la misma calma).

—Comencemos
por la innoble villanía
que acabas de cometer
al ultrajar a una amiga
como Adela, que no es
ladrona, como decías,
y, aunque de humilde prosapia,
no entró aquí como mendiga.

EMILIA. —Ha robado los pendientes
a mi hermana Josefina.

MAURICIA. (Solemnemente).

—Mucho mejor que yo sabes
que eso no es verdad, Emilia.

EMILIA. (Fuera de sí).

—Así, pues... ¿es que yo miento?...
¿Lo que he afirmado es mentira?

MAURICIA. —¡Que tu conciencia responda,
en vez de hacerlo yo, Emilia.

EMILIA. (Con visible confusión, que pretende disimular con
una falsa energía).

—La ví con mis propios ojos;
sí, señor; la ví yo misma,
ayer tarde, en el parterre,
acercarse a mi hermanita,
llevársela a un sitio obscuro,
y, entre halagos y caricias,
arrancarle los pendientes
e irse corriendo en seguida,
sin duda a ocultarlos.

MAURICIA. (Con firme convicción).

—¡Mientes!

EMILIA. (Colérica).

—¿Qué yo miento?...

MAURICIA.

—Ya está dicha
la frase, y no la retiro,
aunque resulte ofensiva
y yo no quiero ofenderte;
pero lo que has hecho, Emilia,

acaso sin darte cuenta
de todo su horror, precisa
que tornes a deshacerlo.
¡Es la honra de una familia!
¡La existencia de una madre!...
¡El bien de una pobre niña
que no te hizo mal alguno!...
¡Reflexiona bien, Emilia!...
¡No te dejes cegar por
un sentimiento de envidia,
impropio de un alma noble!...
¡Devuélvele a Josefina
los pendientes! ..

EMILIA. (Interrumpiéndola, fuera de sí).
— ¡Estás loca!...

¿Qué devuelva a mi hermanita
lo que le ha robado Adela?...

MAURICIA. (Con creciente severidad)

— ¡No insultes más a mi amiga,
ni la sigas ultrajando
con esa calumnia indigna!
¡Como que ahora Dios nos oye,
como que esa es luz del día,
sé que Adela es inocente!...

EMILIA. (Irónicamente).

— ¡Pregúntaselo a Josefina!

MAURICIA.

— Es inútil: sé también
que el miedo a la pobre niña
la impedirá contestarme.

EMILIA.

— ¿Miedo de qué?

MAURICIA.

— De tí misma.

EMILIA.

(Riendo de una manera nerviosa).

— ¡Ja!... ¡ja!... ¡ja!... Perdona pero
hoy te encuentro graciosísima.
Justamente aquí la tienes;
y así te convencerás

ESCENA CUARTA

Dichas, y Josefina.

MAURICIA. (A Emilia).

—Nada me importa que rías,
puesto que sé la intención
que se esconde tras tu risa,
y repito que es inútil
interrogar a esta niña,
que está por tí acobardada.

EMILIA. (A su hermana).

—Acércate, Josefina
¿Quién te robó los pendientes
ayer?

JOSEFINA. (Vacilante, y mirando azorada de un lado a otro).

—Una señorita ..
de las mayores.

EMILIA. (Triunfante, a Mauricia).

—¿Lo oyes?

(A Josefina) Dinos su nombre, querida.

JOSEFINA. (Vacilando cada vez más).

—Me parece... sí... es Adela...

EMILIA. —¿Qué dices a ésto, Mauricia?

MAURICIA. (Indignada).

—Que es una acción monstruosa,
de horrible castigo digna,
valerse del terror, para
sobornar así a esa niña.
Digo más: digo que tú.
entiéndelo bien, tú misma,
eres la única ladrona,
que, arrastrada por la envidia
que la temerosa Adela
por su belleza te inspira,
ocultastes los pendientes,
y después, a Josefina

le enseñastes la lección
que acobardada recita,
para fundar sobre ella
esa acusación inicua.
Más... óyeme una palabra:
¡hay Providencia. Mauricia.
y la infamia que hoy perpetras
será tal vez, tu ruina!...

(Estas últimas palabras las habrá dicho junto a la puerta,
por la que desaparece al acabar de recitar el último verso).

ESCENA QUINTA

Emilia y Josefina.

EMILIA. (Encogiéndose de hombros, al ver desaparecer a
Mauricia.

—Esa pedante está loca,
y no merecen, sin duda,
sus palabras más respuesta
que una soberana burla
como la que yo les hago.

(A Josefina) Acércate aquí y escucha
bien lo que voy a decirte:
que ni amenazas ni súplicas
logren hacer que confieses
quién los pendientes oculta,
porque, si la directora
o mamá, o, en fin, alguna
persona sabe que yo
soy las que los guarda...

JOSEFINA (Tímidamente).

—Es una

injusticia, sin embargo,
acusar a nadie...

EMILIA. (Interrumpiéndola, colérica, mientras la sacude con
fuerza por un brazo).

—¡Estúpida!...

¡Te repito que me escuches
atenta y no me interrumpas,
si es que no quieres que clave
en ti de nuevo mis uñas!...

JOSEFINA. (Llorando).

—¡Perdona hermana mía!...

¡No diré nada!...

EMILIA. (Sin soltar el brazo de su hermana)

—Es por burla

por lo que quiero que Adela
pase ante todos por una
ladrona; mas, no por eso
le harán daño alguno. Enjuga
pues, tu llanto, que es inútil...

JOSEFINA. (Secándose el llanto).

—¿No sufrirá pena alguna
Adela?

EMILIA.

—¿Qué ha de sufrir?

¿Me crees de entrañas tan duras?
Con que la echen del colegio,
me basta y sobra. Procura,
en consecuencia, que nadie,
de una manera absoluta,
sospeche, como antes dije,
quién los pendientes oculta;
pues si alguien, por desgracia,
me descubre, está segura
de que el castigo será
con relación a la culpa.

(Con gesto amenazador).

¿Me entiendes?

JOSEFINA. (Retrocediendo temerosa).

—Sí, hermana mía.

EMILIA. (Sin cuidarse ya de su hermana, y en actitud triunfante y satisfecha).

—Así, si mi plan resulta,
como tengo por seguro,
y a esa pedante la expulsan,

seré entre mis compañeras
la reina de la hermosura,
como lo soy también por
mi aristocrática cuna.

(Se oye ruido de pasos de mucha gente que se acerca, y voces infantiles: casi inmediatamente después entrarán en escena Adela y Mauricia, conduciendo entre ellas a la Hechicera, que se apoya en un bastón y camina torpemente, a causa de sus muchos años; lleva una gran cesta, cubierfa, pendiente del brazo izquierdo, y va pobremente vestida; en pos de las tres entra también un grupo de niñas, todas vestidas de colegiala).

ESCENA SEXTA

— —

Josefina, Emilia, Adela, Mauricia, la Hechicera y un grupo de niñas.

MAURICIA. (Deteniéndose, con las demás, en el centro de la escena, y dirigiéndose a Emilia).

—Oyeme, Emilia, un momento.

EMILIA. —¡Habla, dueña Quintañoña!

MAURICIA. (Irónicamente).

—Ni soy dueña, ni mis años pasan de quince. (A la Hechicera). Señora, espero de su bondad que estas señoritas oigan de sus labios, la misión que aquí la trae.

HECHICERA. —No es gran cosa, pues que todo se reduce a descubrir la ladrona de esos pendientes que dicen han robado aquí.

EMILIA. (Mofándose).

—En mal hora le han hecho perder el tiempo,

ya que se sabe de sobra
quién ha hecho el robo.

HECHICERA. (Intencionadamente, y encogiéndose de hombros),

—Es posible;

pero también lo es, pues cosas
más admirables he visto,
que no se sepa.

EMILIA. (Con desdén).

—¡Está loca!...

¡Me gusta la policía
que gasta la Directora!...

HECHICERA. (Con más intención aún que antes).

—¡Siempre es bueno el medio, cuando
lo que se anhela se logra!...

EMILIA.

—¿Cómo lo logrará usted...

¿Se puede saber, señora? (Con burla).

La llamaré usted así,
ya que, por lo visto, nombran
lo mismo aquí a una mendiga
que a una gran dama.

HECHICERA.

—No es cosa

la urbanidad que le estorbe
ni aún al que ciñe corona.
Pero, dejémonos de esto,
y vamos a lo que importa.
Yo tengo aquí, señoritas,
una gata negra y roma,

(Mientras recita estos versos, deja la cesta en el suelo y
saca del interior la gata).

que, por sus habilidades,
es, hace tiempo, famosa.

EMILIA. (Iracunda)

—Pero, ¿es que ha venido usted
a burlarse de nosotras?

HECHICERA. (Con calma).

—No, señorita; he venido
a descubrir la ladrona.

EMILIA. (Mofándose)

—¿La va a descubrir su gata?

HECHICERA. —Justamente es una joya
que no tiene precio para
ese género de cosas,
pues mejor que a los ratones
huele a todo aquel que roba
y, mientras la policía
yerra alguna indagatoria,
ella no yerra ninguna,
porque jamás se equivoca.

ADELA. (Patéticamente).

—¡Dios mío, que sea cierto,
y quede limpia mi honra!...

EMILIA. (Tratando de burlarse aún, pero visiblemente inquieta).

—Pues veamos trabajar
a esa gata prodigiosa.

HECHICERA. —Pronto quedarán ustedes
satisfechas; pero ahora (a Mauricia.)
es preciso, señorita,
que mande usted cerrar todas
las puertas de tal manera
que no se vea ni gota.
Cuando todo quede obscuro,
harán ustedes de forma
que cada cual, y una a una,
pase por mi gata roma
su blanca manita. Ella
continuará silenciosa
mientras no sienta en su lomo
la mano de la ladrona;
pero, cuando esto suceda,
se pondrá a maullar furiosa,
y de este modo sabremos
quién es del robo la autora.
¿Ha entendido, señorita?

MAURICIA. —Por completo. (A las colegialas) Cierren todas
las puertas, y hagamos luego

lo que ha dicho esta señora.

(Obedecen las colegialas, cerrando las puertas de los balcones y de la puerta del fondo, y simultáneamente, va disminuyendo por grados, a medida que se van cerrando las puertas, la luz de la batería y del teatro, de modo que, al cerrar la última, quede todo en sombras. Entretanto, las colegialas van pasando una a una las manos por el lomo de la gata; pero al llegar el turno a Emilia, ésta retrocede, en vez de acercarse al animal, mientras dice aparte.)

—Veamos si la gata sabia,
la que jamás se equivoca.
no poniendo ya la mano
acierta con la ladrona.

(Cuando, al fin, ha desfilado ante la Hechicera la última colegiala, aquella dice):

HECHICERA —Ya, señorita Mauricia,
Puede abrir, si es gustosa.

(Vuelve a hacerse la luz, conforme van abriendo las puertas, y cuando está completamente iluminada la escena, dice Emilia en tono triunfante):

EMILIA. —Esta vez se ha equivocado
la que jamás se equivoca;

ADELA. (A la Hechicera, con el mayor desconsuelo):
—¡Ya ve usted que ha sido inútil
su auxilio esta vez, señora,
y que, aunque soy inocente,
veré ultrajada mi honra!...

MAURICIA. (A Adela, con desencanto):
—Y tú, pobre amiga mía,
ves también que era ilusoria
tu fe en cosas de hechiceras.
Yo debí...

HECHICERA. (Interrumpiéndola, con amable ironía):
Si usted perdona,
haré que estas señoritas
me enseñen sus manos. Poca
molestia es, y, sin embargo,
nos descubrirá a la autora

del robo.

(Mientras recita, va revisando las manos de todas las colegialas; las cuales, con gran admiración de las mismas, están tiznadas de negro. Cuando llega a Emilia, y ve que las de ésta están completamente limpias, dice, solemnemente, señalándola con el dedo):

— ¡Esa es la ladrona!...

¡La conciencia le gritaba,
tuvo miedo, y mientras todas
sus compañeras tiznaronse
al tocar mi gata roma,
previamente embadurnada
con negro de hollín, la autora
del robo de los pendientes
creyó librarse en tal forma
temiendo que, si tocaba,
maullara mi gata roma.

(A Mauricia y Adela, sonriendo amablemente).

¿Ven ustedes; señoritas,
como no es tan pobre cosa
la hechiceria moderna
que en el talento se apoya?

(Mientras habla la Hechicera, todas las colegialas, profundamente sorprendidas, se apartan con horror de Emilia, la cual, luchando consigo misma, acaba por vencerse y se arrodilla a los pies de Adela exclamando):

EMILIA. — ¡Es cierto que hay Providencia,
justiciera y generosa.
como Mauricia decía,
y esa nunca se equivoca!...
¡Perdón, Adela, perdón!...
¡Es verdad, soy la ladrona!...

(Adela obliga a Emilia a que se levante, y las dos se dan un estrecho abrazo, mientras cae el telón lentamente).

FIN,